

M U S I C A

¿POR QUE, AHORA, VIVALDI?

Por Jesús BAL Y GAY

VIVALDI está de moda en todos los sectores de la vida musical: entre los intérpretes, entre los aficionados, entre los editores y entre los fabricantes de discos. Este compositor, que hace todavía pocos años apenas pasaba de ser un mero nombre en la historia de la música, goza hoy de un favor y un conocimiento de su obra por parte del público como sólo habían conseguido Bach, Mozart, Beethoven y cuatro o cinco compositores más. Y su música, que hasta hace poco era apenas tema de estudio para algún musicólogo especializado en la música de la primera mitad del siglo XVIII, está siendo objeto de libros que se escriben con miras al gran público. Bajo su signo nacen en el mundo agrupaciones instrumentales de cámara como nunca se habían dado. Y cuando encendemos nuestro receptor de radio, hay ya más probabilidades de que oigamos música suya que de Tchaikowsky.

Este interesante fenómeno puede que rebese los límites de lo que se suele llamar "un capricho de la moda". Cuando menos, su duración empieza ya a darle tinte de algo muy distinto. Y, por otra parte, el carácter mismo de la música de Vivaldi hace pensar que las raíces del fenómeno están a mayor profundidad que todo eso. En primer lugar —y nuestro que estamos empleando la palabra "moda"— recordemos unas palabras de Georg Simmel: "Cualquier forma concreta de traje, de arte, de maneras, de opiniones, puede ponerse de moda. Y, sin embargo, yace en la íntima esencia de ciertas cosas una peculiar disposición para caer en la moda que contrasta con la resistencia no menos íntima que otras revelan. Así, por ejemplo, todo lo que se llama "clásico" parece estar relativamente lejano y como extraño a la moda, aunque no la eluda por completo..." "Por el contrario, todo lo barroco, desmesurado, extremo, propende íntimamente a la moda."

La música de Vivaldi no es, ciertamente, ni barroca, ni desmesurada, ni extremosa. Todos convenimos en que es clásica. Entonces ya tenemos un hecho que, de no estar equivocado Simmel, da al favor de que goza esa música un matiz de moda imprevista o insólita. Pero yo diría más: que ahí se esconde una auténtica necesidad de cambio que no hubiera podido satisfacerse con una nueva moda cualquiera, sino que apuntaba directamente sobre Vivaldi, o lo que éste significa. (O lo que éste significa, porque en esta moda van incluidos otros músicos italianos de la época.)

El aficionado, es decir, el público de los conciertos y el que escucha la radio y el que compra discos estaba saturado, por no decir harto, de una música violenta en varios grados —Beethoven o Stravinsky— y sentimental o delicuescente —Tchaikowsky o Debussy— y, sobre todo, de lo que genéricamente deno-

minamos "música contemporánea", llena de frenesí por lo experimental e inaudito. Así, pues, no sólo tenía que buscar un cambio, por el cambio mismo —impulso de toda moda— sino que había de aspirar a algo que fuese como purificación o antídoto de aquellas músicas de que su gusto estuvo prisionero. Necesitaba una música clara, de fonética y sintaxis normales, alegre, sana y cordial. Podía haberla buscado —y encon-



"tan natural y eterno"

trado— en Victoria y Palestrina, en Bach y Haendel, en Mozart y Haydn. Pero no. A pesar de que es ésta una época de centenarios y por tanto especialmente abundante en recordatorios sobre la valía de grandes compositores, la atención del público no se fijó, por ejemplo, ni en Bach ni en Mozart. Tampoco logró nada en ese sentido la actitud de notables compositores contemporáneos con su neoclasicismo. Fue en cambio Antonio Vivaldi, el músico casi desconocido, quien atrajo y satisfizo las nuevas ansias del aficionado. ¿Por qué?

Probablemente, por eso, porque era desconocido. Vivaldi así resultaba una novedad, un descubrimiento. Y al mismo tiempo su música era, no una música cualquiera, sino la que necesitábamos en este momento, una música, como antes dije, sana, alegre, normal y cordial, pero además con un curioso elemento que no encontramos ni en Bach ni en los clásicos vieneses y al cual parece que nos hemos habituado definitivamente. Me refiero al elemento sorpresa que hay en casi todas sus obras. Así como en Bach y en Mozart —con algunas excepciones— hay una regularidad de frase que casi nos permite adivinar en cada momento lo que va a venir a continuación, en Vivaldi abunda la irregularidad o, mejor dicho, la asimetría. Rara es la frase suya en la que no tengamos alguna sorpresa. Las secuencias, las marchas armónicas,

cuando él las inicia son como una trampa que nos pone y en la que caemos con delicia, porque las interrumpe cuando menos lo esperamos y las reanuda cuando ya las creíamos definitivamente abandonadas. Ese gusto por lo inesperado en el fluir de la frase musical lo hemos adquirido en el contacto con la música contemporánea y parece ser uno de los rasgos que hayan de caracterizar la sensibilidad del hombre de nuestro tiempo. No descansamos plenamente en el blando lecho de la simetría rigurosa, sino que preferimos algo menos muelle.

Por otra parte, la presente afición por Vivaldi puede revelar otro rasgo característico nuestro: la tendencia al fácil hastío. Así como dentro de una frase preferimos que haya alguna sorpresa, así también deseamos que la haya de una obra a otra. Quiero decir que no nos adherimos plenamente a un compositor como éste no cambie e invente cosas nuevas a lo largo de su producción. Nos hastía encontrar en una obra que desconocíamos aquello mismo que ya nos había deleitado en otra del mismo autor. Pero con Vivaldi no hay peligro de eso. Dentro de un estilo general uniforme, su música es un prodigio de invención, de inagotable invención. Por eso nosotros, hombres de este siglo, sedientos de novedad, vamos de sorpresa en sorpresa y de delicia en delicia en nuestra exploración de la dilatada obra de este músico. Y con ella podemos satisfacernos, porque no parece ya la obra de un solo hombre, sino la de todo un grupo de personalidades muy diversas.

Pero lo más importante quizá de esta afición de ahora por Vivaldi sea, si no me equivoco, una sana reacción contra los excesos experimentales de los últimos tiempos, que amenazaban con desintegrar la música hasta convertirla en otra cosa, quién sabe qué. El gusto por la novedad encontró objeto con que satisfacerse, pero al mismo tiempo en un plano tan radicalmente distinto del de esta época, tan natural y, me atreveré a decir, eterno, que en él concurren armoniosamente las dos tendencias radicales de nuestro espíritu.

